

se os mande que os apresureis, no obreis ni marcheis lentamente : pues la prontitud de los demás chocará con vuestra negligencia. Cuando los tibios y perezosos creen que son laboriosas y difíciles las cosas que se les mandan, prefieren la oración á estos trabajos ; pero cuando se la ordenan cosas fáciles y agradables, huyen de la oración como del fuego.

Entre los que hacen profesión de obediencia, hay algunos que, conociendo la bondad y condescendencia de su superior, le piden algún empleo conforme á su propia voluntad ; pero por lo mismo que han obtenido lo que deseaban, han perdido la corona de la obediencia.

Los que viven en comunidad deben combatir á toda hora las pasiones, y sobre todo la intemperancia y la ira : porque allí en donde hay muchas personas, encuentran estas pasiones el alimento que necesitan para la corrupción que les es propia.

Nadie puede instruirnos mejor acerca de la utilidad de la obediencia, que los que la han abandonado : porque estos reconocen que habitaban en el cielo, y que han caído del estado de felicidad en que se hallaban. Hermanos míos, vosotros que recorreis esta carrera de la obediencia, deteneos un poco y oid lo que dice el Sabio : *Probólos como el oro en la hornilla; y recibiólos como ofrenda de holocausto, y á su tiempo se tendrá cuenta de ellos.*

GRADO V

San Juan Clímaco trata en este grado de la verdadera y sincera penitencia. Empieza exponiendo su naturaleza y cualidades. Habla despues de lo que vió en Egipto en el célebre monasterio de la Prisión, como hemos hecho notar en el capítulo anterior. Da las reglas de la verdadera peni-

tencia, y pone especial cuidado en inspirar confianza á los pecadores, y en recomendarles que no se desanimen.

La penitencia, dice, es un restablecimiento del bautismo, una promesa que se hace á Dios, en cuya virtud se obliga el penitente á variar enteramente de vida : es una renuncia del espíritu á las comodidades del cuerpo : un juicio que se pronuncia contra sí mismo : una confesión sincera de los pecados : una reconciliación, en fin, con Dios por la práctica de las buenas obras contrarias al pecado.

Cuando hemos caído en el todazal del vicio, no podríamos salir de él, si no nos arrojáramos en el abismo de la humildad y de la penitencia ; pero esta humildad es muy diferente de la condenación que pronuncia contra sí mismos la conciencia de los que pecan. Es también diferente de la rica y dichosa humildad que Dios inspira á las almas perfectas.

Cuando hemos caído en una falta, tenemos que combatir sobre todo al demonio de la tristeza, que, turbando nuestro espíritu, quiere destruir la eficacia y atención de la oración, por la cual acudimos á Dios. No nos admiremos, pues, de caer todos los dias en las mismas faltas : no dejemos por esto el camino del Señor ; antes por el contrario, perseveremos con vigor y fortaleza en su santo servicio, y el ángel de la guardia verá con complacencia vuestra paciencia y constancia. Cuando una llaga es reciente se hace fácil su curación : pero si se ha dejado envejecer por negligencia, se hace sumamente difícil curarla, y se necesita emplear mucho trabajo, mucho hierro y mucho fuego.

Antes de caer en el pecado, los demonios representan á Dios como muy misericordioso para con los hombres ; pero despues de la caída, hacen creer que es muy despiadado. No los escuchemos, pues, si hemos tenido la desgracia de caer en alguna grave falta, y nos hallamos inclinados á caer en otras : pues pretenderá hacernos creer que debíamos ha-

ber evitado lo primera, y que las demás no tienen importancia.

Los que lloran sinceramente sus faltas no esperan á la hora de su muerte para recibir la seguridad del perdón de sus pecados; que en esta hora sería muy incierto, sino que durante su vida dicen al Señor : Consoladme, Dios mio, dándome la seguridad del perdón de mis pecados, á fin de que yo no salga de este mundo sin tener este consuelo.

El que llora sus propios pecados no considera las caídas de sus hermanos. Procurad que sea tan grande la pureza de vuestra vida que no os reprenda vuestra conciencia. Cuando nos creemos siempre deudores, es una prueba de que hemos satisfecho nuestras deudas.

Nada hay que iguale á las misericordias del Señor : nada hay tan grande como ellas : por esta razón es un suicida el que se desespera. La señal de una verdadera penitencia es considerarse digno de todas las aflicciones que nos sobrevienen, y de otras aún mayores.

GRADO VI

La meditación de la muerte, dice san Juan Clímaco, precede á los gemidos y lágrimas de la penitencia, como el pensamiento precede á la palabra, y ésta es la razón de que al grado de la penitencia una el del recuerdo de la muerte, y despues de éste trata de sus santos gemidos y de sus saludables lágrimas.

El temor de la muerte, dice, es un sentimiento natural en el hombre, y un efecto de su desobediencia ; pero el temblor que nos causan los horrores de la muerte, demuestra que aún no hemos expiado nuestros pecados por la penitencia. Así como entre todos los alimentos el pan es el más necesario, así entre todas las prácticas espirituales, la meditación de la muerte es la más útil.

Reconocemos que el pensamiento de la muerte se halla verdaderamente grabado en el fondo de nuestro corazón, cuando nos desprendemos voluntariamente de todas las cosas creadas, y renunciamos absolutamente á nuestra propia voluntad.

El que espera la muerte todos los dias es verdaderamente virtuoso ; pero el que la desea á toda hora es santo. Así es que no todo deseo de la muerte es bueno : pues unos la desean con sentimiento de humildad, porque caen frecuentemente á causa de la violencia de los malos hábitos, y otros por desesperación, no queriendo hacer penitencia. Hay otros que la desean por presuntuosa opinión de su virtud ; miéntras que otros, si bién pocos en número, por un movimiento eficaz del Espíritu Santo, suspiran por pasar de la vida presente á la futura. Así como los santos Padres declaran que el amor perfecto está exento de caída, así la perfecta meditación de la muerte está exenta de temor.

Un alma fervorosa se ocupa en muchos pensamientos fervorosos y saludables, y entre otros en el amor de Dios y en el deseo de su posesión eterna. Piensa en el celo que abrasaba á los mártires, en el testimonio que éstos dieron de la fé de Jesucristo, en la gloria de los ángeles y de los santos, y por último, en la hora en que saldrá de este mundo, en el juicio á que ha de ser sometida, en la sentencia que se ha de pronunciar, y en los tormentos que están preparados á los réprobos. Todos estos pensamientos son grandiosos y excelentes.

No os dejeis engañar, ó solitarios, con la insensata persuasión de que tendreis tiempo para satisfacer ; pues por grande que sea la penitencia que se haga en un dia no es suficiente para satisfacer por las faltas que en él se cometen. Si queremos vivir santamente cada dia, representémonos que éste es el último de nuestra vida. Un pa-

gano reconoció esta verdad, cuando dijo que el amor de la sabiduría no consistía en otra cosa que en la meditación de la muerte.

GRADO VII

Nuestro Santo se extiende mucho en este grado que trata de las santas lágrimas que hace derramar la compunción. Habla como maestro que tiene una gran experiencia, y todo lo que dice es muy precioso. Hé aquí un resúmen.

La tristeza de la penitencia, ó la compunción, es un remordimiento de la conciencia, que, á medida que se apodera de nuestros corazones por el recuerdo de nuestros pecados, nos produce un dulce consuelo por la confesión que hacemos á Dios. Las virtudes propias de esta tristeza son: la templanza, el silencio, la afabilidad, el olvido de las injurias, la humildad, la sed de humillaciones, el hambre de sufrimientos, y una caridad que no sólomente no condena á los que pecan, sino que se mueve á compasión por todos los pecadores.

Si una sola vez llegais á poseer el don de lágrimas, procurad conservarlo por todos los medios que estén á vuestro alcance, porque fácilmente se pierde, cuando no está arraigado en el corazón. Este don es como una voz fuerte que clama incesantemente á los oídos del Señor. Si el temor de su justicia es el que hace derramar estas lágrimas, se convierten éstas en poderosas medianeras para con él: si es su santo amor, nos aseguran que nuestras oraciones le han sido agradables. Nada tan conforme á la humildad como estas santas lágrimas: nada tan contrario á esta virtud como la risa desordenada.

Cuando os presenteis en la oración, hacedlo de la misma manera con que un reo se presenta ante su juez: responde

la disposición interior de vuestro espíritu á la humildad exterior del cuerpo, pues es imposible que la bondad divina desoiga á un alma tan afligida y humillada. No imiteis á los que, despues de haber sepultado á los muertos, en tanto lloran sobre sus sepulcros, como se regocijan en los banquetes que acompañan á sus funerales. El amor de las delicias es como un perro, que el verdadero penitente debe arrojar de su corazón. No hemos sido llamados á la vida religiosa como á una boda, sino para que lloremos sobre nosotros mismos.

Cuando os acosteis, representaos que estais tendido en la tumba. Cuando comais, pensad que un dia habeis de ser pasto de los gusanos. Cuando bebais, acordaos de la sed abrasadora que experimentan los condenados. Cuando el superior os reprenda y humille, representaos la última sentencia que ha de pronunciar el Juez soberano, y cuya ejecución ha de durar toda una eternidad. Excíteos á llorar vuestras faltas vuestro mismo hábito religioso, pues los que lloran á los muertos están vestidos de negro, como nosotros ¹.

El que llora cuando quiere, no es el que ha recibido el don de lágrimas, sino el que llora lo que quiere llorar, ó más bién, el que llora lo que Dios quiere que llore: pues con frecuencia se mezclan con las lágrimas de la penitencia, que son agradables á Dios, las de la vana gloria, que le son desagradables. Esto debemos discernirlo con la luz de la prudencia y de la piedad.

La verdadera compunción se halla exenta de toda vanidad: así que, cuando vemos la cólera y el orgullo en

¹ Este pasaje de san Juan Clímaco nos indica cual era el color de los hábitos que usaban los religiosos del monte Sina. Se deduce, al mismo tiempo, de lo que hemos dicho en otro lugar que, cuando iban á la églesia á recibir la sagrada Communió, se ponian otro hábito blanco sobre este negro.

los que lloran, no podemos ménos de juzgar que estas lágrimas no vienen de Dios. No confiéis en la abundancia de vuestras lágrimas, ántes de que vuestra alma se halle enteramente purificada. Nadie puede dudar que las lágrimas que vienen de Dios sean muy útiles; pero tan sólo en el momento de salir de este mundo es cuando conoceremos prácticamente la utilidad, que de ellas hemos sacado.

El que camina siempre hacia Dios con lágrimas pasa todos los días de su vida en una fiesta espiritual; pero el que viviendo en las delicias corporales, pasa todo el día en fiestas mundanas, pasará toda la eternidad en lágrimas.

Cuando considero cuanta es la virtud y eficacia interior de la santa compunción, admiro con estupor, como lo que se llama aflixión y dolor de la penitencia encierra una alegría y un gozo enteramente espiritual, lo que prueba que esta saludable tristeza es un verdadero don de Dios. Ahora bien, lo que hace que este dolor se encuentre junto en el alma con un placer dulce y agradable, es que Dios consuela de una manera secreta é invisible á aquellos, que tienen el corazón herido por una santa aflixión.

GRADO VIII

Nuestro Santo habia dicho que la santa compunción es incompatible con la cólera, con el resentimiento, con la maledicencia, con la falta de mortificación de la lengua, con la mentira y con la pereza. En su consecuencia trata de todas estas cosas en los grados siguientes.

Sobre la dulzura, que es opuesta y triunfa de la cólera, dice, que hace que el alma permanezca como impassible, tanto en las injurias como en los aplausos: que para empezar á vencer la cólera, debe permanecer muda la lengua en medio de las turbulencias del corazón: que para pro-

gresar en esta victoria, es preciso acallar los pensamientos que, aún cuando con ménos intensidad, producen estas turbulencias, y que se triunfa enteramente de ellas, cuando se llega á una constante serenidad de ánimo en medio de las tentaciones, que, cual impetuosos vientos, le suscitan á toda hora los demonios.

Como la luz disipa las tinieblas, así la acritud y la cólera desaparecen de nuestra alma, cuando la humildad ha difundido en ella la dulzura de sus perfumes. Los que no emplean los remedios convenientes para curar la cólera, bajo pretexto de que es muy pasajera, no piensan que dice el Sabio: *El que hace alta su casa busca su ruina*¹.

Si es el colmo de la dulzura conservar la paz del espíritu y la ternura de la caridad en presencia del que nos trata mal, es también el colmo de la cólera agitarnos, cual furiosos, en palabras y de nuestros contra él. El Espíritu Santo se llama la paz del alma; pero la cólera es la turbación de ella: luego nada la aleja tanto de este Santo Espíritu como la cólera.

Los que, por disimulo, fingen sufrir con paciencia una injuria, al mismo tiempo que gravan su recuerdo en el corazón, me parecen aún más desdichados que los que se dejan arrebatar de la cólera. Es un mal grave turbar el alma con ella: mucho más grave aún el manifestarla con palabras destempladas; pero nada hay tan opuesto ni tan indigno de la vida religiosa, que debe ser una vida enteramente angélica y divina.

Si quereis quitar la paja del ojo de vuestro hermano, no os sirvais de un instrumento grosero, tales como palabras duras y gestos indecentes, que no conseguirán otra cosa que clavárselo más: emplead un instrumento más deli-

¹ Prov. xvii, 16.

cado, cual es una instrucción dulce, ó una reprehensión caritativa y moderada.

El primer grado de la paciencia es sufrir caritativamente las humillaciones, aún cuando cueste alguna violencia. El segundo es no abrigar resentimientos, y el tercero considerarlas como alabanzas. Yo ví en una ocasión á tres solitarios que recibieron á la vez una misma ofensa. El primero se sintió herido por ella, pero guardó silencio, porque temía la justicia de Dios. El segundo se manifestó regocijado, porque esperaba que Dios le recompensase, y el tercero se afligió mucho, no por sí, sino por el que le había hecho el ultraje, porque se hallaba animado de verdadera caridad para con el prójimo. He notado en algunas personas una cosa verdaderamente deplorable, y que procedía de una secreta vanidad, y es encolerizarse por haberse encolerizado. De esta manera castigaban su primera falta con otra no ménos lamentable. Atemos, pues, la cólera, como se ata á un tirano furioso con las cadenas de la dulzura: castiguémosla duramente con la vara de la penitencia, y venzámosla con los lazos del santo amor.

GRADO IX

Dice san Juan Clímaco acerca del recuerdo de las injurias, que forma el noveno grado, que es la consumación de la cólera, y que fomenta los pecados en el alma; que es el odio de la justicia, la ruina de las virtudes, y un veneno que emponzoña el corazón. Es un motivo de confusión para el que ora, y un obstáculo perpetuo á las súplicas que eleva al Señor. Es un ojo de iniquidad que jamás duerme, una malicia que se renueva incesantemente, un pecado continuo.

Un anacoreta que fomenta en su alma el recuerdo de las injurias, es en su celda como un aspid en su agujero,

y que lleva por todas partes el veneno de que se halla lleno. El que quiera recordar injurias, entreténgase en recordar las que el demonio le ha inferido, y el que quiera vengarse de ellas, vénguese de su propio cuerpo.

La oración que Jesucristo nos ha enseñado debe cubrir de vergüenza á los que se acuerdan de las injurias, pues no podemos repetirla con su propio espíritu, si conservamos este pernicioso recuerdo. La consideración de los sufrimientos de Jesucristo puede curar del recuerdo de las injurias á un alma, por la extrema confusión que debe producirle este ejemplo de paciencia, que tan evidentemente contrasta con su impaciencia. El olvido de las injurias es la señal de una verdadera penitencia; pero el que conserva animosidad y cree tener espíritu de penitencia, se parece á un hombre que cree correr, cuando lo que hace es soñar que corre.

Muchos han abrazado con ardor grandes trabajos para merecer la remisión de sus culpas; pero el que olvida las injurias que se le han hecho, no tardará en obtener esta gracia: pues es una verdad innegable, que el que prontamente perdona obtendrá abundante perdón, como enseña Jesucristo en el santo Evangelio.

GRADOS X, XI Y XII

Habla el Santo en estos grados de la maledicencia, del silencio y de la mentira.

1º Hablando, en primer lugar, de la maledicencia, la llama una sanguijuela oculta en el alma, que saca de ella toda la sangre de la caridad, una corrupción del corazón, y un peso que agobia la conciencia. En una ocasión, dice, oí á unas personas que murmuraban del prójimo: quise reprenderlas, pero me contestaron, que lo hacian